

ADRIANO GONZÁLEZ LEÓN

Valera, estado Trujillo, 1931

Novelista, poeta y ensayista, Adriano González León fue entre los balleneros el que con mayor peso teórico asumió la defensa y justificación de la estética de El Techo de la Ballena, de sus acciones y su posición contra el sistema, especialmente en el plano del debate político. Aunque es mejor conocido como un narrador exitoso, autor de cuentos y novelas, con una de las cuales, País portátil, obtuvo en 1967 el Premio Seix Barral, González León tuvo una participación activa en El Techo de la Ballena, en apoyo del cual, sin abandonar su puesto de combatiente, redactó ensayos literarios y manifiestos, dentro del más puro estilo panfletario de la época. En 1963 apareció en las Ediciones del Techo su libro Asfalto-Infierno, un relato-reportaje en donde el autor presenta la relación con la ciudad como un conflicto entre la mirada y el lenguaje. González León emplea por primera vez aquí el automatismo psíquico para imprimir a las imágenes una celeridad y un ritmo trepidantes, parecidos a lo que experimenta un sujeto en medio del caos de una gran ciudad donde acaba de ocurrir la explosión. Con esto se adelantaba a los hechos. El asfalto viene a ser aquí una puerta arrojada al pavimento para garantizar a los transeúntes una vía de escape que sólo conduce, a través de las alcantarillas, al infierno. Poco tiempo después, para poner fin a su actividad subversiva del lenguaje, con ánimo de efectuar un balance de El Techo de la Ballena, Adriano González León contó proféticamente lo siguiente: “La ballena abandona su aventura natatoria para que la examinen los pescadores que vienen detrás. Y detrás viene todo: la vieja literatura, el arte viejo, la retórica, el realismo demagógico, el intelectualismo, los profesores, los sectarios, la policía de Rómulo Betancourt y los infantes de marina norteamericanos”.

Publicaciones de la época

- *Asfalto-Infierno*. Fotografías de Daniel González. Prólogo de Francisco Pérez Perdomo. Ediciones del Techo de la Ballena, Caracas, 1963.
- *Hombre que daba sed*. Jorge Álvarez Editor, Buenos Aires, 1967.
- *País portátil*. Seix Barral, Barcelona, 1969.

Asfalto-Infierno¹

BESTIA AFILADA Alzar la cara hacia donde se supone cielo abierto defrauda al primer toque de ojo. Desde allá le caen las luces de los autos, pasan las luces de los autos, pájaros disparados como en la montaña rusa de los parques de diversiones. Ciudad de circulación celeste, marcada por el neón, invención veloz del concreto pretensado. Y pasan mil faros más. Mil faros más. Por arriba, por su cabeza, el culo de los automovilistas sobre su cabeza, mi cabeza cortada por guardafangos, ahíta de humo de escape, tres neumáticos contra ella, gomas, ruedas, gomas, inflexión respiratoria, todos los mecanismos hidráulicos, las cabezas de las gentes implorantes y abobadas por los anuncios, usted o yo, cualquiera así con los brazos en cruz, ofendido, saltando como animal por entre las líneas blancas que acogen al peatón, pobre, desabrido, con el gran rostro de imbécil y el agente que levanta contra usted un brazo así, que levanta el otro así, monigote con el seso volado a pitazos mientras los autos nos embarran, grasa asquerosa, humo, papeles, mierda, rito y devoción del tetraetilo de plomo que nos embarga cada día. Existe además toda una propensión a imitar, a resguardarse. Militantes de un safari urbano, hay que vérselas con bestias bien amadas en los talleres. Se corre, vale decir, se salva la vida. Se dan dos pasos adelante, se ve a la izquierda, se ve a la derecha, se devuelve, se detiene en la isla, la luz roja protege, la luz verde del otro lado lanza sobre uno su invasión de jabalíes. No se trata de cobrar ninguna presa. Se trata de salir al otro lado, jadeantes, desesperados, para un minuto de resplandor por la mujer que pasa, y volver a empezar, la otra calle, la avenida, las avenidas todas, los autos girando, las ruedas, los pies, la ciudad íntegra al borde de una explosión.

LOTERÍA DEL VESTIDO Parcelero duro en la asunción urbana, a media vuelta de calle, cualquiera se deslumbra o tropieza escandalizando a todos los vientos y ventanas. Uno hace el transeúnte y le cuecen los tobillos por nada. Usted o yo o el vecino canjeamos colillas por un polvo demasiado barato, temblor del autobús, tener que seguir resbalando la mugre en el pañuelo hasta la entrada del cine y después comienza todo así; mujer bella, culotazo, mujer triste, a empujones, y uno queriendo cogerle el ruedo de la falda con la boca y el vendedor de maní, puerca parida, quema las hojas de la plaza con el humito, quema cualquier vaina, se borra. Ayer, con aullidos, era lo mismo. Hace algunos días, cuando llovía, también era lo mismo. Y todos se empeñan en seguir cosquillando o tragándose sus frutas importadas sin el menor

¹ Adriano González León y Daniel González. *Asfalto-Infierno*. Ediciones del Techo de la Ballena, Caracas, 1963. Las fotografías de Daniel González que aquí presentamos acompañaron la primera edición de *Asfalto-Infierno*, razón por la cual el libro suele acreditarse a ambos. Para mayor información acerca de Daniel González, ver pág. 139 de la presente antología.

pudor. ¿Cuál pudor? Ese, no ve, hombre... si todos van así... ¿Cómo? ¡Vestidos!... Se dan cuenta... ¡Vestidos! Deje que el viento pase, a salto de iguana, babeando los cartones, los afiches, los tubos de neón, babeando la acera y se verá que todos andan, uno, dos, cáscara tragada, uno dos, mirando a un lado, paso tras paso, y después toda la seguidilla trac, trac, trac sobre las escaleras y otra vez el asfalto infierno: costra que humea al sol, residuo de la primera industria del país, orgullo, potencia básica de la nacionalidad por donde brota el orden constructivo de la democracia y la elección mayoritaria de las urnas. Sublévese, desordénese usted. Pero entonces, al brotar la esquina, allí mismo a media cuadra, se le ofrece una lotería del vestido. Ganancia terrenal junto a la obscenidad ciudadana de andar siempre cubiertos. Ganancia de la vida imperecedera, porque la posibilidad es celeste al precio de un millón. Hasta allí amenaza la impudicia, con telas. Después de todo son paños celestiales, tintes raros, finos reclamos importados. Compiten en el aire y ello es bueno. Celebrable el soberano humor de quien comercia con mortajas, justo en el espacio abierto, anunciando en la comisa por donde pasa la metralla. Su malicia nos adivina cadáveres desnudos. Cualquiera nos hubiera visto así, gordos de salpicaduras, sin morder frutas, pajizos tras la mujer que brilla sobre la acera. Dispuestos ante la calle, no importa, hediondos e higienizantes, la ciudad aporta hallazgos e incandescencias, malos sabores, pobre piso de restaurante, asqueados, pero al fondo o al fin, decimos así, no hay fin ni estamos cansados y algo puede acontecer furioso a los traspiés o paso firme. Se nos sabe amenazados de vida.

AUTO DE FE Untaron de goma la pared, de goma pulidita, estos niños vestidos de escarlata apuestamente rizados, aves de feria entre los automóviles, bien entrenados de fútbol y de buenos modales en los campos del San Ignacio. La brocha tomada a la elegancia, como quien bebe un whisky campaneado, todo debe quedar bien pegadito, cuello de mi papá atiesado por prensadores de la Quinta Avenida en su último viaje de placer. Así, con la coreografía para los músculos, bailadores de un “quinceaños” en el Este, aparecieron, a igual paso, varias noches por calles y avenidas. Se advierte un canje singular de las camándulas por el llavero del Cadillac, el libro de horas proveedor de pestes contagiosas por ediciones del FBI, los golpes de pecho por los golpes de puño, la sama de los caballeros de las Ordenes Pías por la lavanda recién comprada y, después de todo, rosarios, llaveros, novenas, hojas volantes, inciensos o perfumes giran en ellos a igual sudor, a igual olor, tan enérgicos de la misma podredumbre. Dejaron el afiche como trampa en el muro indefenso, publicidad conmovedora, cosa que enraiza con la honda tradición del país. De lo contrario, sin señalar la cruz al oponente, debe dispararse a no errar, pues ello, como siempre, purifica los instintos y los ayuda a encontrar la salvación. Un camino rápido hacia el cielo que los pobres Cruzados, vacíos de imaginación, no

pudieron prever en la altura de su noble sacrificio. Lanzas y ballestas eran lerdas de efectividad convincente, al menos tardías, ante estas Luger bien probadas en los polígonos. Los bellos niños perdonan a sus antepasados la carencia de tales instrumentos de piedad y en vez de tirar la moneda a espada o cruz, se juegan su caridad a bala y gasolina, que hace el apostolado más efectivo y veloz. Luego dejan su recuerdo de goma sobre el muro, el cartel bondadoso, untado, en rostros tristes. Pero el grafismo anónimo delata el juego en trazos oportunos.

EL SITIO DEL PARAÍSO Al principio de este lodo festivo —costas del país mordido, hembras rozagantes que balanceaban frutos junto al mar, los hombres de las carabelas con los ojos fulminados por el vuelo de estruendosos papagayos, tierra de jauja a la que poco a poco irían agujereando los paludismos— comenzó la leyenda, con notarios y bucaneros, infolios sucios para relatar maravillas, viajeros a los que volvió locos un sol más eficaz que la muerte. Ahora se registran las crónicas de la época, informes coloniales inflados de café y cacao, blasón y riesgo de una flotilla de barcos tembleques por las aguas contagiadas de sangre pirata. Hubo puertos donde se fueron aglomerando las especias, anchas cajas de vinos y aceitunas, tráfico oscuro de las compañías arrendadoras, giro temerario de las arcas trastornadas de Carlos V. Por varios siglos más continuaron llegando contingentes de hombres pestosos. A gesto distinguido o salto de rana o aire marcial o pata coja, grumos y hopalandas de los regidores, vanidosa Capitanía General, ampliada en su magnificencia por los cargamentos de negros apilonados como madera podrida en las bahías. Curva del globo, tierra de gracia, comarca de aves nunca vistas, oro en las orejas, oro en la copa de los árboles, oro en el agua de los ríos, el mundo para ellos y nosotros, aún en las escuelitas a medio techo llevados por el vendaval y la maestra tísica contándole a muchachos igualmente tísicos que pudo haber sido el sitio del paraíso. Desde allí arrastramos, será por eso, frutos del árbol inhabilitado, acecho de la serpiente y vagar por las piedras sin encanto, coágulos del hambre y los brazos abiertos hacia el mar, pintura levantada en la gran llama del petróleo, exiliados acá mismo, aunque sea con luces, con papeles, con las ruidosas pantallas de los cines, comidas muy higienizadas, pasteurizadas, sanforizadas, leyes de protección, rociados de D.D.T. por todas partes, inútiles con fajas de garantía, cojitrancos, por el suelo, por arriba, en la sombra o al reflejo bienhechor de nuestra primera industria, bajo la guía bondadosa de ellos, regidores, bucaneros que saben perforar, ir hasta el hueso último donde encontrar de nuevo los milagrosos papagayos. Así, con un bastón, así, con palos, a ras del suelo, bien provistos de la fórmula “toda caminos como la esperanza, toda horizontes como la voluntad”, la musiquita, los consejos, el gran baile, el juego chispeante, y ellos, regidores, bucaneros, generales, mister All, mister Smith, mister quien sea, humanistas, maestros,

juegan a la ronda y canjean espejitos, canjean material plástico en el paraíso, en la tierra de gracia que todavía sonrío.

FÁBRICA DE HUMO Una vez allí comienza la sensación de elegir: mesas destartaladas, cerveza embobada en el rincón, trazo rojo o violeta, inaguantable. La cosa empieza al fondo, apestando, en resacas de loción, colorete y tela de a tres reales. Se suda. Al filo de las lámparas, los sostenes malva y rosa de las putas. Humo. Antes, desde mucho antes, se pensó que en los burdeles se fabricaba humo. Y ácidos. Y los frascos de las farmacias. Y a veces flores de papel. Como en las iglesias. Y cualquiera advierte el tufo de conejera, alcanforina, almagre, mejor el tufo más fuerte, en hipos, el ron y vómitos de varios días junto a la pared. Después el hombre que quiere reventar a patadas la rocola, la música saliendo en bocanadas, dos tacos grandotes de italiana que hacen plac... plac... ruidito de tul y manoseo... plac... plac... en rigurosa marcha colosal, meneando el rabo... plac... plac... cara de cerradura de la francesa enmoheciéndose a muchas millas de la rue Saint-Denis... plac... plac... y el lote recién venido, gran hilera de mujeres solas, muslos en triángulo y ojos atascados de untura negra, grandes pájaros de pronto, y la canción llenando la sala: “vuelve palomita querido... vuelve a tu viejo nido...” y otra vez el plac... plac... cinco veces más redoblado por cinco putas que huelen a baúl, plac... plac... y la voz: “oye, cucuteña, te llevo hasta la curva si me cantas un bambuco, te llevo pero te mueves bien”... plac... plac... con la música, toda la sala girando en carcajadas, muelas picadas, tufo de aguardiente y Roberto, el maricón llamado “La Carrito” que pasa, alta, culebreando la cintura, el brazo derecho una astilla, con bandeja repleta, cerveza bullosa que recoge los reflejos y las bambalinas viejas con un létrero que dice “Feliz Año”. Voces: “—Entonces nada. —Treinta. —No, cuarenta. No. —Cinco son para la llave—. Bueno. —Sube— Bueno”.

De “La Chinga” se sabe que cuando se encierra, su gato le salta a uno sobre las nalgas. Ella araña desde abajo. El bicho se pone a brincar por entre las cajas de remedios. “La Chinga” araña desde abajo. Es así. Afuera sesenta y tres bombillos rojos hacen rueda a la casa. Lámparas de honor. La iglesia en día de fiesta. Humo. Hay que aguantar el humo o salir al patio de aire fresco. Una cuerda embanderada de camisones que vuelan. Costras de mujeres puestas a secar, hinchadas al sereno para que el cielo se lleve las suciedades venéreas. Escupitajos. Otra vez humo. Otra vez la música que hace... tá... tá... ta... tá... las mujeres solas, en fila, que hacen gestos, las mujeres en horquilla... plac... plac... avanzando... y otra vez las patadas, la música, otra vez el olor, brillo de tafetán, olores, perfumes, así, como si se viera y se oliera de lejos, las luces de colores coronando la casa y los honestos vecinos que anuncian sus diferencias con este ceremonial.